

La izquierda latinoamericana en entredicho

Jeremy Adelman

Jorge Castañeda desea una izquierda latinoamericana fuerte y vibrante. Para ello se requieren dos cosas: en primer lugar, que se enfrente a algunas duras realidades, en especial en lo que concierne al mercado mundial; y, en segundo, que retome la herencia de los años cuarenta y cincuenta, cuando perdió su curso a raíz de la Revolución cubana. La victoria de Fidel Castro en 1959 desvió la atención hacia la insurrección armada y hacia la economía planificada socialista, alejándola del ámbito parlamentario y de la reforma gradual. Ahora que se ha llegado al fin de la guerra fría y que el sueño castrista va languideciendo, la izquierda puede volver a ese curso que no tomó.

Este libro de gran envergadura se ubicará en el centro de un debate dentro de la izquierda latinoamericana durante los próximos años, y debería de ser lectura obligatoria para cualquier estudioso de la política latinoamericana posterior a la segunda Guerra Mundial. Si bien últimamente la izquierda latinoamericana ha perdido su cauce, Castañeda espera fortalecer la discusión y ofrecer ciertas directrices. Lo hace con un manejo verdaderamente impresionante de la historia continental reciente y se niega a limitarse a una región o país específico. Además, lanza el guante con un optimismo asombroso. Su discurso servirá para dar una saludable sacudida a quienes acostumbran explayarse sobre los límites nacionales y las restricciones externas de cualquier proyecto

Profesor asociado del Departamento de Historia, Universidad de Princeton.

El presente artículo es una reseña del libro de Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1993. Traducción del inglés de Susana Marín de Rawlinson.

izquierdista para América Latina. Castañeda recuerda a los hastiados (de izquierda y de derecha por igual) que la izquierda no se desvanecerá, no está desvaneciéndose, en América Latina.

Castañeda parte de una definición católica de la izquierda: básicamente como cualquier movimiento que aboga por la reforma social y la inclusión de los sectores pobres y marginados. Perón, Vargas, Haya de la Torre y Cárdenas son algunos de los precursores que aparecen en su libro; también incluye a los tradicionales partidos comunistas y socialistas, a las organizaciones político-militares progresistas y a una amplia gama de reformistas. A su vez, las filas de este enorme sector están integradas por los intelectuales (quienes constituyen la mayor parte del libro) y las bases (a quienes, afortunadamente, no describe como "los seguidores"). Esta amplia cobertura es intencional: convierte a la izquierda en una fuerza potencialmente mayoritaria que puede atribuirse la representatividad de múltiples clases, intereses y regiones. Desde un principio, la izquierda fue de hecho políglota y no podía reducirse fácilmente a un grupo o ideología definible. Un componente, empero, tendió a predominar: un genotipo nacional y popular que ofrecía beneficios a través del patronazgo estatal y atacaba los privilegios arraigados.

Habrán quienes reprobren la generosidad de Castañeda, en especial en los casos de Vargas y Perón. Pero su objetivo es definir, de entre los progenitores populistas, una fuente nativa de inspiración para la izquierda actual y rehuir los modelos importados (léase marxistas). De hecho, Castañeda inicia la parte sustancial de su argumentación con un retrato de una amplia variedad de opciones, que había en los cuarenta, entre el populismo y el comunismo. Las masas latinoamericanas eligieron abrumadoramente el primero, en parte por la "naturaleza congénitamente ajena del marxismo en Latinoamérica" (p. 33), y en parte porque Perón, Vargas y Cárdenas supieron cómo penetrar las formas de expresión de un floreciente pensamiento criollo, una conciencia nacionalista presente en todas las clases sociales. Es cierto que el browderismo y la persecución de la guerra fría debilitaron la suerte del comunismo, pero gran parte de su fracaso —desde el punto de vista de Castañeda— fue autoinfligido. Las luchas internas, el elitismo académico y el dogmatismo desangraron la vitalidad popular del comunismo. Así pues, América Latina avanzó a grandes pasos en cuanto a derechos básicos de bienestar, negociación colectiva e industrialización interna bajo la directiva de alianzas nacionales populistas.

La historiografía de Castañeda ayuda a localizar una larga y fuer-

te tradición de esta izquierda ecuménica, pero es una representación engañosa de lo que ocurrió entre los años treinta y los cincuenta, así como de los beneficios o las reformas estructurales forjadas por el populismo. En primer lugar, al igual que los historiadores han ignorado durante mucho tiempo las concentraciones del liberalismo popular en el siglo XIX, así también se ha desatendido, al menos hasta hace poco, el radicalismo popular (ya sea comunitario, anarquista, sindicalista, socialista e incluso comunista). Historiográficamente hablando, la ausencia de una tradición radical resultó conveniente. En los casos en que el radicalismo no delimitó un terreno dentro de los sectores populares latinoamericanos, los carismáticos reformistas "nacionalistas" aprovecharon el hueco para organizar a las masas con alianzas entre clases. Desgraciadamente, existen demasiadas muestras de un radicalismo cultivado internamente para desechar el marxismo como algo ajeno y exótico, y presentar *ipso facto* a los populistas como los precursores de la izquierda actual. ¿Cómo interpretaríamos, por ejemplo, el marxismo de José Carlos Mariátegui con su difusión fuera de Perú, o el sindicalismo de Luis Emilio Recabarren y su trayectoria hacia el primer gobierno marxista electo en el continente americano? El populismo nacional tuvo su importancia, pero de ninguna manera constituyó el patrón dominante de la movilización masiva.

En segundo lugar, y quizá de mayor relevancia para el discurso del profesor Castañeda, el populismo rápidamente alcanzó el extremo final de su camino. Cuando las alianzas nacionales populares empezaron a traspasar los límites de la fidelidad de cada uno de los miembros de la coalición, los líderes populistas se vieron forzados a alinearse con uno u otro lado de la alianza, sometiéndose a los intereses del capital o profundizando la movilización popular. Esta última opción invariablemente culminó en un golpe de Estado. De cualquier manera, el populismo llevó sus reformas hasta el límite lógico dentro de los confines de los grupos que lo integraban en los años cuarenta. Pero para los años cincuenta y sesenta, la movilización de masas y las presiones del capitalismo internacional hicieron trizas los últimos ligamentos de las alianzas. De diferentes maneras, los golpes de Estado en Guatemala (1954) y Argentina (1955) fueron el tiro de gracia del populismo, y pronto muchos sufrieron el mismo destino.

En este punto conviene recordar la crónica de Cuba. Irónicamente, quizá el primer país latinoamericano en mostrar las contradicciones en el proyecto populista y en seguir la trayectoria de su desarrollo hasta una revolución a gran escala, fue sin duda Cuba. Mientras que

un joven Fulgencio Batista forjaba alianzas con algunos sindicatos importantes e incluso se codeaba con comunistas, la paranoia de la guerra fría en Estados Unidos y la persecución de los radicales convertía el batistato en un régimen gangsteril y comprable. Para fines de 1955, las huelgas de los trabajadores azucareros paralizaban las cosechas y el gobierno se fue desmoronando a lo largo de los siguientes tres años. La victoria de Castro no fue sino el primer ciclo completo del populismo, nacido a su vez de una ruptura en el entramado social de los años treinta. Difícilmente fue acción de unos cuantos voluntariosos. No obstante ser el primero, también fue el último. Enfrentadas con un ejemplo diáfano de lo que podría suceder si se soltaban las riendas del populismo nacional, las clases gobernantes, de otras zonas de América Latina, y el capital estadounidense se unieron en apoyo de regímenes militares antes de permitir la coalición de la izquierda. Para multiplicar la ironía, si bien Cuba sirvió como “modelo”, ejerció mayor peso sobre las mentes de las élites atemorizadas que sobre las de los aventureros radicales.

Aunque la crónica de Castañeda se desenvuelve alrededor de una genealogía ecuménica y generosa para la izquierda, también incluye a su malefactor: Cuba, Castro y la ola de insurrecciones guerrilleras que de ahí se desparramaron por el continente. Si bien la izquierda se desplazó por vías razonablemente buenas durante los años cincuenta, la victoria de Castro en 1959 vino a descarrilarla. Inspirados por el voluntarismo guerrillero y las perspectivas de dar origen a “muchos Vietnams”, los estudiantes de clase media partieron hacia las colinas rurales y hacia sótanos urbanos para tramar su toma del poder. Hasta la derrota de los sandinistas en los comicios de febrero de 1990, la insurgencia armada fue a menudo la opción predilecta de los izquierdistas, que se desarraigaban de sus raíces populares en favor del jacobinismo. Gran parte del libro de Castañeda aborda este proceso y sus fracasos, y aporta una buena cantidad de material útil extraído de extensas lecturas y de entrevistas con quienes lo protagonizaron. Por esta sola razón, los estudiosos y activistas deben leer detenidamente esta obra.

Castañeda ha identificado un problema de dimensiones colosales para mucha gente, para quienes los carteles fosforescentes del Che Guevara se convirtieron en un enorme cero a la izquierda. También tiene mucha razón al sugerir que gran parte del peso intelectual de las críticas al capitalismo latinoamericano durante los años sesenta provino de diagnósticos nacionalistas más que socialistas (o clasistas). Sin embargo, Cuba y la promesa de la insurrección armada devienen en un

gran gancho historiográfico del cual penden las falsas ilusiones de la izquierda entre los años sesenta y ochenta; no estoy seguro de que el gancho aguante el peso. El problema es que Castañeda reduce el alcance de las actividades "izquierdistas" a una sola estrategia, impulsada por un solo modelo. Más aún, el hecho de culpar a Cuba y al fetiche de la guerrilla puede servir también para reforzar una historiografía posterior a la guerra fría que presenta el sueño revolucionario en su totalidad como una aberración desafortunada y posiblemente evitable en el camino de América Latina hacia la modernidad, similar a lo que ha ocurrido en la revolucionaria historiografía francesa y en la rusa.

Hay algo que no debe olvidarse: la guerrilla fue sólo una de las múltiples usanzas radicales. ¿Qué hay de los líderes sindicales de Córdoba, de los organizadores de campesinos de Pernambuco o de las mujeres de los ingenios textiles de Chile, sobre quienes Peter Winn ha escrito un libro espléndido? Las insurrecciones populares tuvieron trayectorias muy distintas de las que presenta Castañeda. Aún más, su potencial revolucionario puede medirse por la respuesta que provocaron. Los ensañados escuadrones de la muerte de López Rega en Argentina, el Estado de seguridad nacional brasileño de Castello Branco y, por supuesto, Pinochet, fueron maniobras contrarrevolucionarias para aplastar no solamente a los grupillos vanguardistas (que, prácticamente, habían sido vencidos ya), sino para destruir cualquier esperanza incluso de la más mínima concesión por parte de los jefes o del Estado hacia los ciudadanos comunes. Estoy seguro de que Castañeda estaría de acuerdo con esto, pero la crítica y la relación en *La utopía desarmada* reducen a la izquierda a una caricatura ingenua, urbana y clasemediera. Como tal, devalúan también la radicalización popular de los años sesenta y setenta. Como amenaza contra el orden interamericano, el ejemplo de Cuba palidece ante la expansiva revuelta de los campesinos y de la gente común.

Se supone que toda esta historia debe enseñarnos una lección: que queda mucho por hacer y mucho que puede hacerse en el transcurso del tiempo, pero que las exigencias deben ser modestas y las expectativas limitadas; que para que una estrategia tenga éxito debe construirse con base en alianzas, internamente (con la cooperación y responsabilidad de la clase empresarial y de las clases medias, los trabajadores no tendrán otra opción) e internacionalmente (con los gobiernos europeos benévolos, agencias internacionales y sectores progresistas dentro de Estados Unidos). La alternativa que plantea Castañeda no da lugar a objeciones. Dadas las circunstancias, tal vez sea

a lo más que podemos aspirar. La palabra “aspiración” es importante, y Castañeda tiene en su haber una buena cantidad de ella. Una opción progresista se puede reactivar en la figura de un “gran compromiso”, no muy distinto del acuerdo de bienestar social entre el Estado, los trabajadores y el capital, en la mayoría de los países capitalistas desarrollados (fuera de Estados Unidos) tras la segunda Guerra Mundial.

Pero la historia reciente (la de los años ochenta) puede también enseñarnos una lección sobre las fronteras actuales para volver a una herencia nacional y popular reformulada. Desgraciadamente, la lección es sombría. Falta en el libro de Castañeda toda mención a los años de Alfonsín en Argentina, o de Alan García en Perú. En mi opinión, ambos representan el tipo de gobierno que Castañeda apoyaría como “izquierdista”. Alfonsín y García buscaron soluciones moderadamente nacionalistas a la crisis de la deuda y siguieron una política abierta de inclusión de los sectores marginados y mayor respeto por los derechos humanos: algunos de los componentes de su “gran compromiso”. Ambos experimentos terminaron en catástrofe y fueron la antesala para autocracias ejecutivas (Menem y Fujimori) y ventas masivas de activos públicos. En síntesis, García y Alfonsín fracasaron porque quisieron hacer demasiado (a fin de cuentas ¿cómo es posible llevar a generales genocidas a juicio, democratizar sindicatos escleróticos y reducir la inflación?) pero, a la vez, demasiado poco. La reforma sustancial de la relaciones de propiedad no formó parte de su paquete político. Desde el punto de vista financiero, ninguno de ellos declaró una moratoria franca a la deuda, aunque, en la práctica, su servicio se retrasó aún más, lo que en retrospectiva podría haber puesto de rodillas a los bancos, dado el estado del sistema financiero mundial a mediados de los ochenta. Tampoco consideraron la reconfiguración de los derechos prácticos en favor de los trabajadores ni de la administración de los servicios públicos en favor de los usuarios. Esto significó que los pobres, los subempleados y los usuarios de servicios públicos no necesariamente acogieran a estos gobiernos como propios (como tal vez ocurra con muchos cubanos). De manera que cuando los tipos de populismo de Alfonsín y de García se desplomaron hacia una hiperinflación, los trabajadores y los sectores marginados se vieron forzados a la postre a votar por la austeridad contrainflacionaria. Lo que obstaculizó cualquier tipo viable de “gran compromiso” en Perú y Argentina fue la ausencia de una burguesía que alguna vez estuvo dispuesta a negociar pactos tentativos (y de corta duración) con los sectores populares. Para los años ochenta, los “capitalistas nacionales” (como solía llamárseles)

no eran sino sombras de lo que habían sido, y sus hermanos dominantes se aliaban en cómodos pactos con los financieros internacionales en lugar de agruparse con las masas empobrecidas.

A fin de cuentas, Castañeda es un autor valiente. Señala algunos hechos políticos, nada cómodos, que los izquierdistas no pueden seguir menospreciando, como la necesidad de tener en cuenta el mercado mundial y los bancos extranjeros, puesto que la fuga de capitales no tardaría una hora en destripar a un régimen progresista. También saca a relucir los aspectos antidemocráticos desagradables e innegables del vanguardismo juvenil al estilo de los sesenta. La democracia representativa es a la vez un medio y un fin en sí mismo; no debe descartarse como vil farsa burguesa. En términos más generales, Castañeda merece un agradecimiento por imprimir vigor en el debate. Cualquiera con un mínimo interés por los debates actuales sobre la izquierda latinoamericana debe empezar por leer *La utopía desarraigada*. Este libro debe ocupar —y ocupará— una posición central en cualquier discusión académica y política en América Latina.